

VIII

SOBRE el muelle del Mercado empiezan a insinuarse las primeras luces del amanecer. En el alba, incierta todavía, se escuchan las voces que salen de la oscuridad resonando extrañas, porque son voces sin rostro.

La marea está alta y en el agua, con reflejos turbios, se mueven las pangas de remos silenciosos. El trayecto es corto, pero hay mucho trajín. Las lanchas más grandes, con las velas plegadas y el motor callado, se descargan mientras los faroles brillan oscilando sobre la cubierta. Hay cestos de frutas y de vegetales; racimos de plátano, sacos de yuca. Hombres encorvados por el mucho peso de las car-

gas suben por las rampas con los pies descalzos y pisada blanda. Las carretillas andan en maniobra rompiendo la noche con las estridencias de sus ruedas metálicas sobre el pavimento. Llegan camionetas con jaulas de pollos. Otras con naranjas, otras con papayas, y hay algunas discusiones que subraya en curvas el punto de lumbre de los cigarrillos. Una de las lanchas de mayor calado se empieza a varar. Sobre el mar, muy lejos, hay tintas rosadas, y en el aire la fragancia fresca de los días nuevos.

Yeyo se encarama con agilidad al muro que limita la acera y queda sentado. Coloca una piedra sobre los periódicos para que la brisa no los eche al agua y balancea las piernas comiendo un guineo que cogió del suelo. Está un poco verde, pero sabe bien. El niño escucha complacido el chapoteo del agua al golpear con suavidad la rampa, y contempla el afán de pangas, de camionetas y de carretillas. Varios hombres agitados se mueven con prisa. Otros atan y desatan cuerdas y paquetes dando muchas vueltas en torno a las chivas.

Yeyo tira al mar la cáscara inútil y la mira flotar indecisa. Las pequeñas olas de agua su-

cia la traen y la llevan con hojas, maderas y otros desperdicios, y con el aceite de las embarcaciones que recoge la luz quebrándola en muchos colores.

Las casas están aún calladas y oscuras en los pisos altos. En los bajos, con cantinas y refresquerías, hay muchas luces y hombres que comen, que beben, que duermen. Duermen de cansancio, o duermen borrachos. El Mercado empieza la faena diaria porque hay chivas que llegan muy madrugadoras. La claridad de la mañana avanza a prisa, muy a prisa, y de la oscuridad empiezan a salir los rostros fatigados y las piernas mojadas con los pantalones recogidos sobre la rodilla.

Dentro de una carretilla duermen dos muchachos, y un viejo los despierta apurado con voces de ron y dando golpes sobre la madera. Yeyo salta al suelo y sigue su ruta. En el Mercado nadie lee periódicos. El Parado, el "Venecia", el "Caribe"...

La Central se anuncia con las voces de los vendedores que corren con el pregón, y Yeyo sigue por otra avenida. Frente a la Aduana hay muchos camiones, pero es muy temprano para vender periódicos allí. Cerca de la calle veinte, siente que una chiva reduce el andar.

—¡Yeyo...!

El niño interrumpe la contemplación del tren que forma la locomotora y ve a Pancho sentado al timón, que se inclina hacia afuera para hacerse oír.

—Dile a Rosa que esta noche no puedo ir a comer. Tengo un contrato para llevar una orquesta al interior... Un paseo a Río Mar... Dile. Anoche me olvidé. No pude decírselo.

Pancho ha madrugado, a pesar de que llegó muy tarde a casa. Martínez no pudo ayudarlo y tuvieron que ir juntos a ver a un chivero que vive en Pedregal para conseguir un tubo. Y con un zapato dentro de la llanta rota pudieron armarla. No quedó muy bien, pero la llevará de repuesto. Por eso Pancho llegó a casa muy tarde y halló a Rosa dormida. Hizo algo de ruido con la puerta y con las sillas para ver si despertaba y podían hablar; pero Rosa siguió inmóvil. Dormía, o fingía dormir. Pancho se acostó en silencio y se levantó temprano; casi cuando Yeyo.

—Bueno, pues... yo le diré...

La chiva sigue hasta perderse en el recodo que hace Calidonia. Lleva ya tres pasajeros;

tres hombres graves y callados, y lleva también muchas esperanzas. Cuando llegue a casa, en la noche, Pancho le dará a Rosa los veinte balboas... Le dará diez, porque los otros los necesita para un tubo nuevo, para una llanta usada que esté en buenas condiciones... y para cargar la batería. Hablará con Lou para que le preste una mientras tanto...

Yeyo continúa mirando hacia el tren, que ahora retrocede con ruido de hierros hasta colocarse dentro de la verja. Después, continúa.

—¡“Estrella”...! ¡“Estrella”...!

Esta mañana no llega a la Copa, porque se le acaban pronto los periódicos. Todos los vendió cerca del “Caribe”. Por allí suele estar su amigo del brazo vendado, pero no le ve. Tampoco está el viejo del sombrero sucio, ni el otro señor, que siempre se duerme.

Después de vender la última “Estrella” a un negro muy alto, Yeyo marcha a prisa hacia la casa para ver a Rosa y darle el recado. Más tarde, irá a buscar a Víctor para ayudarle a lavar unos carros, porque hoy es domingo y no tiene escuela.

Las calles de la ciudad lucen su alegría bajo el sol, que pone todavía sombras lar-

gas en todas las cosas. Los guardias sonríen con el uniforme limpio; hay pocos carros y el calor es suave. Las puertas se abren y las gentes salen andando despacio, oliendo a jabón y a ropa planchada. En el "Venecia" hacen el café y algunos políticos, en pequeños grupos, cerca de la entrada, tejen comentarios y lanzan pronósticos. Las hileras de los limpiabotas reciben contentos los primeros clientes y se esmeran mucho.

Yeyo encuentra a Elvira cerca de su casa. Elvira va a misa con el rostro limpio. Lleva el gesto duro, y mira a la acera. No ve ni oye, más que el eco de unas ingratas reflexiones que la mortifican, porque la discusión con Alicia, fué larga y muy agria. Primero, el tema del traje que llevó Felisa y luego lo de siempre. Porque Alicia llegó tarde y un poco embriagada. Con la ropa ajada, el pelo en desorden y sin colorete, se bajó de un carro en el que iban varios hombres, casi al amanecer. Elvira al ver el reloj regañó a su hermana, y Alicia replicó con gritos y voces de cólera y hasta con insultos. Y es que Alicia se desprecia un poco. Fue a la fiesta porque la llamaron, y allí la hicieron beber, cantar y reír. Después lle-

garon más hombres con otras mujeres y a ella la olvidaron sin hacerle caso. Se sintió humillada, y quiso llorar. Por eso bebió hasta emborracharse algo. Y cuando llegó a casa, con tanta amargura, Elvira le dijo lo que más la hería.

—No sé cómo puedes hacer eso... Me muero de pena de pensar... No tienes vergüenza... Los hombres... esos hombres... ¿qué sacas...? Si mamá supiera...

Alicia quería rendirse en sollozos, decir su derrota y llorar. Pero el humillarse es siempre difícil. Y Elvira, indignada, con los ojos ardiendo, no estaba propicia para confidencias. Por eso gritó. Gritó para sí, más que para Elvira; para aturdirse y no pensar más en aquellos hombres a quienes odiaba, porque los temía.

—Y qué... Si no fuera por mí... Hago lo que me da la gana... ¡No te metas! ¡Hipócrita! Eso es lo que eres tú... ¡Hipócrita! Yo sé lo que hago... ¿De qué crees que vivimos...? ¿De tu escuela y tus libros y tus boberías...? Si no quieres, dilo, y me marchó sola... Quiero divertirme y tener mi plata...

Alicia se encerró en el baño herida por sus propias palabras, pero haciendo alarde de desenfado y de altanería. Por eso Elvira camina despacio hacia la iglesia, con gesto apretado. Por eso no ve a Yeyo, que la mira alegre, ni contesta el saludo del cojo que, ya dentro del quiosco, guarda las pipas en una nevera. Ahora Elvira retrocede por el áspero camino del remordimiento. Porque sabe que hizo mal en regañar a Alicia. ¿Para qué sirven los reproches...?

Elvira sigue andando. Al cruzar la calle mira a "La Pichona" que sale en moños y en chinelas y en bata de flores, como sale siempre en las mañanas. Pero los ojos de Elvira, tan suaves y dulces, no ven más que a Alicia, que quedó dormida en casa con vaho de licor y rostro cansado.

* *

Carmen, "La Pichona", sube a ver al niño herido, que se agita y ríe sin saber, siquiera, que está vendado todavía. La intriga va bien. Rosa luce los aretes de coral, y baña a una niña con una totuma en un balde de agua.

Yeyo llega y se detiene callado. Carmen, "La Pichona", tampoco le agrada, por gorda,

por blanda y por aquel bozo tan negro. Por eso no le habla nunca, a menos que ella le pregunte algo. Además, a Pancho no le gusta "La Pichona".

La niña llora un poco y patalea frotándose un ojo con mano torpe porque entre los párpados se coló jabón. El llanto le agita el vientre, de ombligo muy grande, y las costillas se marcan en el pecho flaco.

—Dice Pancho...

Rosa se incorpora y mira a Yeyo sin dejar de frotar a la niña con una toalla, rota y muy gastada. Carmen, "La Pichona", aguza el oído.

—¿Lo viste...? ¿Cuándo?

—Me encontré en la calle. Dice que tiene un viaje al interior con unos músicos y que no vendrá a comer por la noche... Que va a Río Mar. Que hay un paseo.

—¿Un paseo...? ¿A Río Mar...? Bueno, pues... Se jumará otra vez... Allá él...

Yeyo sale hacia la calle. Va a buscar a Víctor al sitio de siempre, cerca de Santa Ana. Con unas bayetas, varios trapos viejos, y un cubo de agua, Víctor gana un peso por lavar un

carro. Yeyo ayuda buscando agua limpia, que pide en alguna tienda, y luego seca la mitad del auto. Entonces Víctor le da dos reales por cada automóvil. Yeyo se afana, porque hay tres carros, y más tarde puede que haya más.

* *

Rosa peina a la muchacha, que ya está vestida con un pantalón y una camisita. La niña, como ella, tiene lindo pelo y Rosa lo amarra con unas cintas azules, viejas y arrugadas. Después, tiene que bañar a la mayor y curarle los granos, que ya empiezan a madurar con una costra blanca. Y luego, barrer y hacer la comida y lavar un poco, porque hay ropa sucia que se amontona en un rincón del cuarto.

Carmen se ha sentado cerca; calla y observa. Rosa está indecisa. Al fin, "La Pichona", se decide a hablar.

—¿Y ese paseo a Río Mar, pues...?

—Quién sabe qué sea.. Un paseo.. Ya lo oyó... No sabía nada...

—Pues, mira qué suerte... Así es mucho mejor. No estando él aquí...

—¿Por qué...?

—Esta misma tarde. El viejo te espera...

—¿Esta tarde..? No...

—¡Calla!

Chon, la lavandera, se acerca despacio arrastrando los pies hinchados, que desbordan úlceras sobre las chinelas. Don Marcelo grita, y unos cuantos niños corren por el patio persiguiendo a un gato.

—Déjate de cosas, niña... La ocasión es... Pancho, hoy no viene... Le dices a Yeyo que se quede en casa cuidando a los niños... Es sólo un ratito... Dí que vas al cine, o a ver a una amiga que está en el hospital... Eso es lo mejor... Te hago hasta un paquete, para que parezca que le llevas algo.

Rosa se pasa la mano por la cara varias veces y suspira hondo mirando a la niña, que ha empezado a desvestirse para que la bañen.

—Esta tarde... No. No puede ser... No. No puedo, Carmen... Mire; la verdad es que...

Chon regresa al cuarto, porque Don Marcelo no quiere callar.

—¡Espérese...! ¡Ya voy...!

Carmen se levanta.

—Baja luego... Aquí no podemos hablar con tranquilidad... Quiero decirte algo y darte una cosa... No te demores.

* *

César no logró dormir. Mira la ventana, que es un cuadro de luz deslumbrante, por donde entra el sol, y mira hacia el techo, que está muy caliente. Se acostó muy tarde y no durmió nada. Nada. Ni un minuto, porque la amargura de los pensamientos que sufrió en la noche, sigue vigente. Celia se marcha. Se marcha, como se marchó Alicia también... como se marchó Silvia... Como se van los días, sin dejar un rastro amable ni una memoria grata; y la vida misma; una vida hueca poblada de sombras, como un sonoro cascarón, hecha de palabras y vapor de tragos. La vida de todos... De Don Chú, que sigue con su hermana loca, hablando bobadas y fabricando sueños... De Tallín, que se embriaga siempre porque la imaginación no puede engañarlo y le descubre la miseria humana... De Mario, con sus mezquinas ambiciones, sórdidas, acumulando dólares, dinero... De Silvia... No. De Silvia, no. Silvia, al menos, tiene con ella un recuer-

do. Un recuerdo artificial, como todos los recuerdos, pero que ella alienta y nutre para estrujarlo a diario y saborear el zumo... Celia se marcha... Se va... ¿Por qué...? Se lo dijo, así, simplemente, cuando recibió el reloj.

—Te lo agradezco mucho, César. Mucho. Será algo tuyo... tuyo y mío... de los dos, ahora que me voy. Me voy muy pronto, ¿sabes?

En el carro de ella, César sonríe, porque siempre acude la sonrisa cuando hay cosas que no se comprenden. Celia se puso el reloj y se quedó callada. Luego, ante el silencio de él, ante su torpe sonrisa, volvió a hablar.

—¿No me crees...? Es verdad, César. Es verdad, hace tiempo... No quería decírtelo, porque esta noticia... el momento de decírtela, sería muy difícil, como puedes ver.

Después, fueron los detalles. Harry quería ir a su país. Tenía que ir. Había muerto su padre, y era su deber hacerse cargo del negocio que tenían allá. Una tienda grande e importante, que la madre viuda no podía atender y la hermana tampoco. Era muy joven y estaba estudiando. Una tienda en una blanca y

luminosa ciudad de California, con calles muy anchas, palmeras altas y jardines limpios. Celia no podía oponerse. No era un capricho de Harry. Todo era razonable y lógico; demasiado razonable y demasiado lógico. Y se marchaban pronto, ya. Faltaban los detalles tontos. Vender algunos muebles; vender el carrito y la refrigeradora. Ya tenían reservados los pasajes. Dentro de una semana...

—Dentro de una semana. Sí. El lunes próximo...

Una semana... una semana... El lunes... el lunes... el lunes...

Cuando Celia le dejó, César caminó varias calles con los pensamientos turbios. Se sentía despojado de algo necesario para ordenar sus ideas y aun para vivir.

Llegó al "Caribe" cerca del amanecer, cuando Don Chú peroraba sobre un tema político ante dos oyentes un poco aburridos, y Tallín dormía. César se marchó pronto para estar solo otra vez. Pero, acostado, la certeza de haber perdido a Celia para siempre es el eje invariable de muchas ideas que giran en torbellino; de ideas nebulosas, sin contornos, aunque muy amargas todas.

César no sabe qué hacer; no puede pensar. Celia empieza a ser algo del pasado. Como todo; como los ojos de Silvia, que le miran fijos. Nada más ve los ojos; grandes, verdes, con chispas azules. Después, la sonrisa, de dientes muy blancos, y una tenue fragancia de heliotropo... ¿Dónde hay heliotropo...? En Taboga... en Colón, allá al lado del mar... en muchos sitios... En todos los sitios donde estuvo Silvia.

César se sienta al borde de la cama y mira el reloj. Las nueve. ¿De qué día? No importa. De un día... El nombre no le dice nada. Tampoco sabe el nombre del día que se despidió de Silvia. También fué en un carro. César mira hacia la mesa, donde está la máquina. La brisa matinal, que llega verde desde el cerro Ancón, revuelve las cuartillas que aleatean prisioneras debajo de un cenicero. Es como una risa irónica de aquellos papeles que parecen vivir en el sol y el aire. Allí están los personajes todos esperando a César, y César lo sabe. Pero está hundido en una honda amargura y piensa en Tallín; en el cantinero Ignacio, en los murales y en ir a beber. Sólo la picazón del brazo enyesado le hace reaccionar un poco y se siente vivir otra vez. Pero es para tener más clara conciencia de que Celia ha

desaparecido para siempre de todos los horizontes, y de que dejará morir a aquellos personajes que le esperan escondidos entre las cuartillas. ¿Para qué va a escribir? ¿Para qué? ¿Para quién?

La puerta se abre y la patrona, Obdulia, entra cautelosa.

—Venía a ver... Le llaman por teléfono... Creo que es del periódico.

César se pone la bata, baja al primer piso y escucha el recado. Después se defiende.

—... pero es que no puedo... Tengo quince días de incapacidad. Lo dijo el forense... ¿De parte de quién...? ¿Qué tiene...? ¿La gripe...? Bueno... Está bien... Iré... sí; más tarde...

Es verdad. Aquel hombre está enfermo y hay que reemplazarlo en la Redacción, donde hay poca gente. Y en la Redacción, tal vez esté Celia...

Doña Obdulia prepara la mesa para el desayuno que servirá a César.

* *

Mario Romaneschi se ha vestido saco para ir a una boda. Es una boda matinal y modesta

en la iglesia de San Francisco de la Caleta. La novia vive por allí y el novio no lejos. El novio es un joven italiano que hace helados, y Mario, que ha regalado los anillos de la pareja, está muy orondo.

Mario se acicala mucho; se pone corbata amarilla con una palmera verde y se arregla el pelo con mucho cuidado y abundante grasa. Se frota la cara con colonia fina y empapa el pañuelo. Los zapatos nuevos, que aprietan un poco, y la hebilla del cinturón de oro con muchos adornos. Un día es un día, y él es Mario Romaneschi, que regaló los anillos.

La iglesia es caliente, tan llena de invitados y curiosos. Mario y un grupo de amigos se quedan afuera. Cerca está la playa y el mar rumoroso. Laureles y palmeras dan sombra a la brisa. El cura termina, y los novios salen con los padrinos y los invitados, que les tiran arroz. La novia se ríe con el velo alzado y el novio la sigue bastante nervioso, porque todo aquello, y las miradas de los mozalbetes que se congregaron, le intimida mucho. Cuando llegan a la casa hay besos, abrazos, olor a empanadas, y muchas voces de felicitación. Se sirve chocolate y jaibol. Detrás de la casa hay

un ranchito con sillas y mesas, y allí se juntan los hombres a beber y a contar los chistes que todos conocen. Dentro de la casa, la novia se sube a una silla; tira el ramo al alto, lo apaña una amiga y se forma gran algarabía.

Mario está sudado; se quita el saco y se afloja el cuello. Llegan más jaiboles en vasos de cartón encerado. Los vasos son pequeños. El hielo y el whisky los llenan, y el trago es muy fuerte. Mario está borracho, y como él los otros; pero están contentos, y el joyero tiene ganas de cantar porque sabe algunas arias y presume un poco de voz. Además, en el Banco ya logró rebasar la cifra anhelada, tiene carro nuevo, y ahora tiene a Herminia, que es muy buena hembra. Mario está feliz, y por eso acoge la idea que alguien insinúa.

—Vamos... vamos... Ahí cocinan muy bien... Nos tomamos unos tragos tranquilos... Podemos encargar un arroz con pollo y unas langostas... Vamos, pues.

Los novios se marcharon ya. Tal vez a La Venta, al Valle o a Colón. Ahora, la familia queda con los íntimos, viendo los regalos y guardando las cosas, mientras las hermanas y aquella muchacha que vino a ayudar, recogen

los restos de la fiesta y limpian la casa. Porque hay muchas servilletas de papel mojadas, vasos por el suelo, pedazos de dulce, agua derramada y los manteles sucios.

—¿Ya se van...? ¿Por qué se van...? Es temprano aún... Vaya, pues... Y muchas gracias por todo... ¿ah? Saludos...

* *

El grupo de hombres se instala en torno a una mesa pintada de verde, y Celso, el camarero, acude diligente.

—¿Los señores...?

—Vamos a comer...

—Traiga una botella... y hielo... y sodas...

Celso vislumbra la propina abundante, porque los clientes están ya borrachos y piensa también en la posibilidad de añadir dinero para sí a la cuenta, con varios cheques cancelados que guarda, previsor, en el bolsillo.

—Muy bien... Hay coctel de ostiones, muy bueno... ceviche acabado de hacer... de camarones y de corvina... langosta, muy fresca...

La mesa se sirve y los chistes siguen. Mario se siente satisfecho, al hacer inventario de sus posesiones. La joyería... la cuenta en el Banco... el carro nuevo... y Herminia. Herminia, fué muy fácil... Desde que llegó a la tienda la primera vez... Y todo, por nada... Unos regalitos; pocos... Tan sólo dos veces le pidió dinero, y eso fué prestado... Bien lo vale Herminia, con su piel tan fina y su boca fresca y su cuerpo esbelto, de senos tan firmes... y el aliento, que siempre huele un poco a fruta, como si acabara de comer manzanas... Mario está más borracho, y quiere hablar en italiano con un compatriota que está allí sentado, pero se contiene. Sabe que eso podría molestar a los demás, que siempre lo tratan con mucha amistad. Pero, sí podrá cantar más tarde. Algo de "El Trovador", o de "Rigoletto", o del "Barbero". Para eso tiene buenos discos; para recordarlo...

Celso se mueve presuroso, porque la concurrencia es grande y el otro camarero también tiene ocupadas sus mesas. Ahora, alguien le llama.

—Celso... Por favor...

—¿Qué hubo, Manolo...? Cómo está, señora... Mucho gusto en verles...

Manolo, el camarero del "Venecia", tiene libre el día, y eso importa mucho a quienes trabajan. Por eso, hoy, que es domingo, le propuso a Nivia ir a comer fuera. Una paella en el "Jardín del Mar", que la hacen muy buena. Y Nivia accedió, porque sabe que a Manolo le gusta salir los domingos con los tres muchachos. Nivia está contenta y Manolo también.

—¿Qué tal, Celso...? ¿Qué es de su mujer...? ¿Cuándo hacen la casa...?

A Celso le agrada servir a Manolo, porque es buen compañero. Y lo mismo a Nivia, que es bonita y buena amiga de Olga. Y, además, van a ser vecinos pronto.

—Ya compré el terreno... Estoy gestionando lo del préstamo en el Seguro Social... Hay un español aquí que construye barato. Hablamos después, que ahora hay mucha gente. ¿Qué quieren tomar? ¿Y para comer...?

—Tráete unas sodas para los muchachos, y a nosotros whisky.

Nivia rectifica.

—Yo quiero vermú.

—Trae dos vermús, entonces... y unas aceitunas. De comer, paella; pero que sea buena...

—Voy a decirle al cocinero que se la haga especial... que es para ustedes... Es Basilio, el gallego... Perdonen; ya vengo...

Celso se interrumpe, porque el tocadiscos empezó a sonar y porque oyó al mismo tiempo un ruido de sillas. Ese ruido de las sillas, breve y violento, que precede siempre a las peleas.

Con el gesto airado y el pelo revuelto, Mario está de pie. Junto al tocadiscos ríe Herminia, que llegó con Fico, el diputado, y un grupo de gente. Fico disfruta de Herminia y, a veces, la luce en algunas fiestas. Es el cumpleaños de una de las chicas que también trabaja vendiendo seguros. Fico lleva a Herminia cogida del brazo, y ella se desprende y corre alegre hacia el tocadiscos, flotante la espesa melena de cobre. Fico ofrece sillas y todos se sientan. Mario se levanta. Los celos lo irritan, porque siempre había pensado que Herminia era fiel. Por algo él es blanco y es italiano y le dió el brazaletes de plata y una sortija con una aguamarina... una aguamarina

falsa; pero ella no lo sabe... por algo le prestó aquel dinero...

Mario agarra a Herminia por un brazo y la zarandea violento con soez insulto. Herminia se aturde, pero reacciona. Se sabe muy bella y bien protegida, y es mujer valiente.

—Bachiche indecente... ¿Qué te pasa a ti... ¡Déjame tranquila! ¡Pichicuma... pijojo...!

Mario la sacude y le da un puñetazo que la tira al suelo. Herminia se hiere con un vaso roto y empieza a sangrar. Sangra por las manos y por un brazo y lanza chillidos de susto. Fico se apresura, pero llega tarde. Manolo se le anticipó. Manolo se acuerda de los italianos y de las batallas que libró en España y pega con rabia. Mario está inconsciente con un ojo turbio y el labio partido. Nivia se levanta y llama a Manolo.

—Déjalo, Manolo, que lo vas a matar.

Nivia está orgullosa y se pavonea un poco para que todos conozcan bien a su marido. Un chiquillo llora sentado a la mesa y Celso se agita buscando toallas. Manolo comenta.

—¡Pegarle a una mujer...! ¡Fascista...!

El rencor español parece calmado y vuelve a la mesa. Herminia, más tranquila, mira hacia Manolo con curiosidad de hembra y lo encuentra apuesto. Quiere dar las gracias y ofrecer promesas con una sonrisa, pero su mirada tropieza antes con la de Nivia, que la observa atenta, y regresa al grupo.

—Loco... Apenas me conoce... Nunca le hice caso... ¿Qué se habrá creído...? Debe estar borracho...

Mario se ha sentado y los amigos en rueda tratan de curarlo poniéndole hielo sobre el labio herido, y limpiarle el saco, que está ensangrentado. Celso acude pronto con limón y agua caliente; pero se detiene cuando llega el guardia.

—No pasa nada... Ya todo pasó... Una discusión, aquí...

El guardia es un cabo, que sabe lo que hace. Oyó el alboroto y llegó en seguida. Ahora ve sangre, y ve los heridos. A Mario, tan pálido y tan asustado, con aquella corbata ama-

rilla manchada, y a Herminia, que tiene una servilleta como venda alrededor del brazo.

—Déjate de cuentos... ¿Qué es lo que pasó...?

—Nada... Por favor... Todos son señores...

—Hay varios sangrando...

Celso arguye, pero el guardia sigue recto hacia el teléfono.

—Ahora veremos...

—Pero...

—Déjame llamar. No estorbes. Si tienes tanta gana de hablar, podrás hacerlo contando allá lo que pasó.

Celso se aproxima al guardia y le habla en voz baja. Don Fico es diputado, y aquella muchacha... Pero el guardia piensa que el hombre sentado que sangra también está bien vestido y que tiene alrededor varios amigos. El guardia averigua.

—¿Quién le pegó a él...?

Celso no consigue convencer al guardia. Habla con el dueño y pide permiso para ir con Manolo.

—No te preocupes... Voy a ir contigo... Conozco a muchos oficiales... y al Corregidor... ya verás... No va a pasar nada... Tú hiciste bien...

Mientras tanto, Fico resuelve el problema de Herminia.

—Esta niña no ha tenido nada que ver con esto. Ella se cortó casualmente con un vaso que se quebró ahí, en la mesa. Déjela tranquila. Nada tiene que ir a hacer a ningún lado.

El guardia mira de nuevo hacia Mario y comenta con Celso.

—Al señor ese habrá que llevarlo al médico, para ver qué dice... Parece que le dieron duro.

* *

Don Benito ha sido muy parco en la mesa. Un poco de sopa y algo de ensalada, desdénando los filetes que la obesa cónyuge ayudó a freír esmerándose en el condimento. Don Benito hace planes, desde que "La Pichona" le habló por teléfono.

—A eso de las cuatro, Don Benito... Ya está todo arreglado... ¿No le dije yo..? Aceptó los aretes que le elegí, y aceptó la plata... Pero, eso sí; buen trabajo me ha costado... Si le digo... Bien puede agradecerme, que si no se tratara de usted... una chica como ella... que nunca estuvo en estas cosas... Por usted lo hice, que si no...

Don Benito, sorprendido, inquiría detalles.

—¿Cómo lo lograste...? ¿Sabe dónde es...? ¿Por qué a las cuatro...? ¿No sería mejor de noche, o un poco más tarde...?

—Yo le explicaré... Un trabajo me ha costado... Es que más tarde no puede ser... El marido... usted sabe... Si... Ya pasamos en bus por allá y le dije dónde era.

Don Benito, el carnicero, saborea este recuerdo con el café y el humo del grueso cigarro. Se mira el brillante y mira el reloj. Puede dormir una siesta corta... y dentro de unas horas, estará con Rosa. Con Rosa, en su casa, la casa de Paitilla, porque Carmen, "La Pichona", sabe hacer las cosas.

* *

Sí. Carmen, "La Pichona", sabe hacer las

cosas. Dejó a Rosa indecisa, curando los nacidos a la niña, y bajó a esperar. Pronto llegó Rosa, vestida y peinada.

—¿Qué era...? Pero, ya le dije que yo no...

Carmen, "La Pichona", desgrana un discurso pensando que si fracasa, no insistirá más, aunque Don Benito se enfade y regañe.

—... Lo hago por tu bien; porque yo nunca me he metido en estas cosas; tú ya sabes... digan lo que digan... Por tí, y por Don Benito, que sé que es muy bueno y muy desgraciado con la mujer que tiene... y sé que te quiere... Me lo dijo muy claro... Mira... aquí esta plata... Son cuarenta dólares... toda es para tí... No seas tan tonta... ¿Qué Pancho, ni Pancho...! Tú, cuídate tú... Si no quieres, dilo y esto se acabó; pero a ver cómo te las arreglas cuando Pancho te deje un día plantada y sin un centavo... ¿Por qué...? Quién sabe... Y si te vas para allá, para tu casa, para La Chorrera... ¿qué? ¿Con tres chiquillos...? Tu familia no es de plata, digo yo... y caerles así, encima, de repente, cuatro personas... ¿O quieres tener que ponerte a trabajar por ahí, separada de los muchachos

para ganar nada, y encima tener que mandar plata a la casa? Tú, piénsalo, hija... pero yo te digo la verdad... ¡Cuántas quisieran...! Y... después... de tí depende... Don Benito no se ha separado todavía de su mujer, porque no encontró a ninguna que supiera... Tienes que estar cariñosa con él; eso sí... que crea que le gustas...

—Pero; yo, así, sola... Sin saber donde es...

—Un lugar muy bueno... Todo muy tranquilo, y pasa el bus muy cerca. Vamos hasta allá; verás.

—Y... luego... ¿En la tarde...? ¿Tiene que ser hoy?

—Luego, vas tú sola... ¡Qué ocurrencias tienes...!

Salen a la calle, llegan al Mercado y suben a un bus. Rosa se distrae mirando hacia el cielo, donde vuelan despacio varias avionetas. Carmen la sacude un poco.

—Acuérdate bien para cuando vengas tú sola en la tarde... A las cuatro... Te bajas

aquí mismo, cerca de ese árbol y sigues andando hasta allí... ¿Ves? Es aquella casa. Entrás sin llamar, porque él ya te espera.

Rosa titubea y quiere arrepentirse. Pero... los aretes... y el dinero aquel... Eso es un vestido, los zapatos, un espejo nuevo y hasta una peinilla y ropa para las niñas, porque toda la que tienen ya les queda pequeña. Y Pancho... enojado; que ahora llega tarde y se va temprano, sin hablar nada, y va a Río Mar, donde habrá mujeres... Mujeres... Si lleva una orquesta, es que va a haber baile... ¿Tendrá Pancho otra mujer...? Rosa se decide y piensa en Don Benito; piensa en su brillante y en el puro, que huele tan bien. Quizá aquel brillante... ¿Y por qué no puede casarse con Don Benito...? Después de todo... es casi maestra, y Pancho no es más que chivero...

Carmen, "La Pichona", remata su obra.

—Y nada tiene que esa casa que ves ahí... un día... Si llega a ser tuya, me vengo a vivir contigo, aunque sea de sirvienta... Algo he de ayudarte...

Rosa sonrío y hasta se impacienta porque es muy temprano. La casa es bonita; tiene jardín y hay brisa y hay sol. Todo es callado; casi sin vecinos... En cambio, allá abajo...

El bus se detiene porque de una casa sale mucha gente despidiendo a una pareja que entra en un carro. Brazos en el aire, felicitaciones y voces de adiós. El chofer comenta que parece boda.

* *

Yeyo entra corriendo. Lleva en el bolsillo lo que considera que es mucho dinero y quiere darlo a Rosa, porque en la mañana, cuando estaba allí Carmen, no se lo pidió. Vendió treinta "Estrellas" y después ayudó a Víctor a lavar tres carros. Si no fuera domingo hubiera podido vender "La Hora" también, y sería más plata. Sube la escalera y ve a Chon con los niños. El pequeño llora porque tiene hambre.

—¿Y, Rosa...? ¿No está...?

—Salió con Carmen... Salieron temprano... No debe tardar...

Yeyo titubea. Enciende la estufa y calienta agua. Siempre hace falta agua caliente. Rosa llega con el rostro en sombra.

—Deja... Voy a hacer el arroz... Mira a ver si el pequeño está mojado y cámbialo, si acaso...

Don Marcelo grita pidiendo café y Felisa piensa que tiene que ir a casa de Alicia para ver aquello de los botones y el traje, y lo de la cuenta... Son cuatro balboas... seis cincuenta, todo. Si no estuviera en casa... pero irá más tarde.

* *

Rosa se acicala. Nota el nerviosismo al pintarse los labios, porque el pulso tiembla. No quiere pensar en lo que va a hacer. En el trozo de espejo que tiene en la mano contempla un rato los aretes, que lucen bonitos al lado del cuello, tan largo y tan fino. Después se los quita.

En la calle, Yeyo juega con los niños. Juegan con un palo tirándolo lejos y con unos perros de la vecindad.

—Yeyo... Voy al hospital a ver a una amiga... Volveré pronto... Cuida los muchachos... No te alejes...

Rosa no quiere mirar a Víctor, que está con sus frutas, ni a Elvia, que entra por el callejón, ni al cuarto de Carmen. Rosa siente flojas las rodillas, calor en el rostro y una sensación de agobio que nunca sintió.

El Mercado. Un autobús rojo. ¿Será este? Sí.

—¿Qué hora es...? ¿Me hace el favor...?

—Las cuatro pasadas...

—Gracias.

¿No será muy tarde?...? O será temprano... El bus para muchas veces; pero siempre sigue. Sigue... ¿adónde? ¿A dónde va Rosa? Ahora, no lo sabe. La figura de la casa aquella de Paitilla y de Don Benito, son manchas borrosas. ¿Y el árbol que le dijo Carmen? Rosa tiene miedo porque está sola en el mundo. Vuelve a ver las avionetas volando en el cielo, y siente que su angustia crece. Nota asustada que el corazón salta enloquecido. ¿Por qué? ¿Que va a hacer? ¿Por qué está en el autobús? ¿Dónde va? Don Benito... Carmen... ¿Quién es Don Benito? ¿Y Carmen? Tiene razón Pancho. Rosa nunca se ha sentido así, tan mal... Y todo es por culpa de Carmen... Se busca los aretes con gesto instintivo y no los encuentra. ¿Se los quitó antes de salir, o los habrá perdido? Esta idea le agrada, pero es sólo un instante. Si Pancho no hubiera ido a Río Mar... Si hubiera llegado tem-

prano en la noche... Pero, en Río Mar está trabajando... ¿No habrá allá mujeres...? La orquesta... Pero, Pancho hizo ruido por la noche cuando llegó a casa... ¿No sería para despertarla; para hablar...? Se hizo la dormida, y en la mañana no se dió cuenta... Pancho...

Rosa mira alrededor y ve el árbol torcido que Carmen le indicó por la mañana.

—Parada.

* *

Carmen, "La Pichona", está un poco enferma, tal vez por el esfuerzo hecho. El paseo en autobús, que siempre la marea un poco; la comida, tarde; la siesta interrumpida para vigilar los pasos de Rosa. Carmen, "La Pichona", decide acostarse y dormir un rato. Tiene que estar bien cuando Rosa llegue para hablar con ella; para que no se arrepienta, y siga yendo allá, cuando Don Benito diga.

Carmen, "La Pichona", no quiere visitas. Cierra la rejilla y cierra la puerta. Y si viene la viuda, que vuelva otro día.

Carmen se desviste y se acuesta en la débil claridad que entra por la ventana de persianas fijas. En seguida, duerme.

* *

En Río Mar, Pancho habla con un señor de pelo blanco, que se llama Don Tomás. Don Tomás es chiricano; es un hombre bueno y es inteligente, aunque tenga plata. Don Tomás conoce a Pancho, desde que éste trabajaba para los Llorens, y ahora hablan de negocios.

—Si te parece bien, vas a verla. Yo hace unos tres meses que la tengo allí, y si te conviene... Me quedó en un remate...

—Pero, Don Tomás... yo no puedo pagarla. Así... Sí me convendría...

—Puedes darme... lo que puedas... Cien balboas al mes... Te la doy en mil quinientos... ¿No puedes...? ¿Cuánto es que le das al indio ahora...?

—Cien balboas mensuales... Hasta mil quinientos, serían quince meses... Yo al indio ahora, tengo que darle...

—Eso es. Quince meses... Y la chiva es tuya.

—¿Y está en buen estado...? ¿Cómo está de llantas...? ¿Y la batería...?

—Las llantas están buenas, y la batería es nueva, casi. Necesita, creo, algo en el carburador... Pero, no importa. Yo me encargo de eso. Yo te la entrego en buenas condiciones. Ve a verla si quieres.

—¿Cuánto tardarán en componerla?

—No sé. Una semana. Si tú quieres, la llevas a un taller... y que te la arreglen pronto por mi cuenta.

Don Tomás consulta el reloj.

—¿Se va ya...?

—En seguida. Ya son más de las cuatro y con esta fiesta aquí... tanta bulla... Yo vine con la familia a pasar el día... Quiero ir despacio y llegar temprano... Y tenemos que parar ahí, en San Carlos, por unas langostas...

—Bueno, Don Tomás... Entonces... ¿Mañana...?

—A la hora que quieras... La ves, y decides...

—No. Si ya le digo que sí. Con lo que me dijo...

—Te espero mañana, pues.

Sólo al separarse de Don Tomás puede empezar Pancho a ver claramente la nueva realidad. Una nueva realidad con chiva propia. Una chiva propia en poco más de un año, y pagando menos de lo que le paga al indio. Rosa tiene que saberlo, y saberlo pronto... Si está dormida al llegar, la despertará. Pancho hace planes para el porvenir y bebe cerveza. No quiere emborracharse, porque tiene que manejar de noche y las llantas no están muy seguras. Pancho está feliz y quiere llegar pronto a casa, para que Rosa sepa la noticia. Yeyo también va a alegrarse. Ser chivero no es malo, cuando la chiva es propia. Yeyo también podrá serlo. Cuando sea un poco más grande, le enseñará a manejar. Y serán dos chivas entonces...

* *

Rosa se ha quedado al borde de la calle, sin saber qué hacer. Hay algunos niños cerca, pero no los ve. No ve el árbol tampoco, ni la casa blanca, que vió en la mañana. Se siente extraña a sí misma y hasta el contacto de sus propias manos le parece ajeno. Lo único que

la vincula a la realidad son las cintas azules de la niña, el llanto del pequeño y un balde con ropa que dejó en el cuarto. Lo demás, es niebla. Rosa quiere regresar, pero el deseo no acaba de ordenarse en forma clara. El ruido de un autobús que va hacia San Francisco la despierta de su ensimismamiento y mira hacia la ruidosa mancha roja que pasa de prisa rayando el verde del paisaje. Al lado de una ventanilla va Celso, el camarero. La camisa blanca y la corbata negra de lazo. Rosa reacciona con un sobresalto. ¿Qué hace allí parada? Acaba de bajar de un autobús... Don Benito... Carmen... Rosa se estremece y siente que su rostro se enciende de vergüenza y de indignación. ¿Cómo pudo Carmen proponerle...? Ahora, Rosa sólo se ve a sí misma; allí, parada al borde de la calle, y hierve de cólera contra "La Pichona". ¿Los aretes...? ¿Dónde están los aretes? Tiene que encontrarlos... Y el dinero, igual... Ya le dirá a Carmen... Se lo tirará al suelo; no volverá a hablarle... Don Benito... ¿Qué es ese nombre que no dice nada? ¿Nada? ¿Y Carmen...? Si Elvira supiera... ¿La habrá visto Celso? No. No la vió. Iba distraído.

Un bus se detiene y baja una niña Rosa sube con pisada firme. La niebla se disipa y ahora se da cuenta de lo que iba a hacer Cuando Pancho llegue...

El aire le revuelve el pelo trayendo en las ondas el gemir lejano del cacho de incendio con la fragancia seca de la tarde.

* *

El fuego empezó como empieza siempre el fuego. Todo fué muy fácil porque Felisa no estaba en el cuarto. Felisa había ido a casa de Alicia. Encarnita puso a hervir los frijoles, como otras veces, y se fue a jugar pensando volver pronto. Pero Encarnita es niña todavía, aunque ya trabaja, y se le olvidó, porque en la calle estaba Yeyo con otros muchachos y había un perro cojo que se paraba en dos patas y sabía hacer otras cosas. Cuando olió a quemado, Elvia fue a mirar. La puerta estaba abierta, y la estufa encendida. De la paila salía humo; un humo acre y malo y Elvia se agachó para bajar la mecha y buscar un papel para coger la paila y quitarla del fuego. Y en ese momento le llegó el ataque. Al caer derribó la estufa, y el galón de kerosín, que estaba lleno, se rompió. Las llamas no hacen ruido

cuando el fuego empieza, pero andan a prisa, sobre todo al encontrar madera vieja. Y cuando Chon dió voces soltando una ropa, ya ardía la mesa, parte de la cama y la pared del fondo. Al lado, en el suelo, los pedazos del galón volcado, que rodó hasta allí.

Advertido por Chana que aspa los brazos sin poder gritar, Víctor corre para sacar a Elvia que sigue inconsciente, tirada en el suelo. Sólo en una mano tiene quemaduras. Yeyo sube a saltos a buscar los niños y corre con ellos escalera abajo. Ya sonó la alarma y en el patio todo son carreras, voces de espanto y gritos de miedo. Víctor carga a Don Marcelo, que tiembla callado, seguido de Chon y de otros vecinos.

* *

La calle está llena ya con los bomberos y la gente que acude a mirar. Silbatos, cuerdas y mangueras. Aúllan las sirenas de las bombas blancas entre motores con prisa y toques de campana. La casa es un ascua y el viento agita las llamas que brotan del techo como banderas jubilosas con penacho de humo. Y Carmen esta adentro, sin que nadie lo sepa. Por eso murió. Murió así, quemada, porque ni la tierra quería sus restos. Cuando aquella esquina fué

un montón de escombros y maderas negras, con escamas brillantes de agua, nadie encontró nada. En la calle, algunos enseres, lágrimas, gritos, motocicletas y muchos guardias. Los bomberos miran y revuelven y, de vez en cuando, descubren hilos de humo. De Carmen, ni un rastro, ni un indicio. Nada. Sólo unos frascos y un juego de naipes que no pudo arder.

* *

La tarde declina con la indiferencia de todos los días y allí están los vecinos sin hablar. Rosa tiene en brazos al niño pequeño, y las dos muchachas se cuelgan de la falda mirando a su madre y a Yeyo, porque Pancho no está. Pancho sigue en Río Mar, y bebe contento. Elvia, ya despierta, llora junto a Chana y se sopla las manos para aliviar el dolor. El ciego, asustado, quiere que le cuenten.

César mira absorto. Tiene que escribir la noticia para el periódico y quiere adornarla con detalles dramáticos.

Pasan algunos soldados y Tina recuerda que un teniente gringo la espera esta noche en "La Ranita". La gente del barrio empieza a dispersarse y quedan sólo los grupos de vecinos

anudando quejas. Felisa solloza. Elvira ve a Rosa, y corre a abrazarla.

Las luces se encienden; pero eso no se nota en esta calle oscura.

* *

Mi calle, la calle en que yo vivo, sigue igual. Oscura. Más oscura ahora, con la esquina rota y enseñando el muñón negro de la cicatriz del fuego. Pancho no lo ha visto aún. No ha podido verlo por el accidente. Fué cerca de Chame. Quizá Pancho venía de prisa, con urgencia por llegar a casa y contarle a Rosa lo que había hablado con Don Tomás. Pero una llanta reventó de pronto y, al perder la dirección, la chiva se cruzó en la carretera. El auto que chocó era bueno, nuevo, grande y con placa blanca. Total, dos músicos heridos en las manos. Nada grave. Los daños, sí fueron bastante. Pero, lo peor de todo fué lo del aliento alcohólico y aquello de César, que recordaron los guardias. Pancho era reincidente y lo dejaron en la cárcel esperando el juicio. Allí está todavía.

Los demás... lo mismo. Soldados, marinos, gringas y las billeteras. Mario y su hermano en la joyería. Herminia y Tomasa, por ahí, co-

mo siempre. Leonidas, el griego, sigue con las frutas, y el cojo Mendizábal, en el quiosco, con sodas, pipas, galletas y raspados; y Encarnita allí, ayudando. Chana y Elvia viven donde Víctor hasta que Don Jacinto consiga el permiso del dueño y arregle la casa, si es verdad que lo hacen.

Celia se marchó hace tiempo, y Alicia también. Alicia está en Colón y trabaja allá, con una empresa de la Zona Libre. Ignacio, en su cantina, mirando mucho para los murales que pintó Tallín y leyendo libros de aventuras. Ahora Tallín está en el hospital. Le vi varias veces. Está muy enfermo, y tiene el vientre hinchado. Creo que es del hígado. César no escribe. Anda por ahí triste y abatido, con la ropa ajada, y a veces borracho. No quiere escribir, ni quiere hacer nada, más que el trabajo de todos los días. Tiene el alma fría y llena de ceniza.

Don Marcelo y Chon viven donde siempre, porque a aquella parte de la casa no le pasó nada. Felisa y la niña están en el cuarto que tenían Pancho y Rosa. Rosa se ha ido para La Chorrera. Trabaja allí, en una tienda, y viene a ver a Pancho los lunes y los jueves y le trae cosas, como bollos, o tamales, queso, ras-

padura. Pancho saldrá pronto. Don Tomás fue a verlo y le prometió su ayuda. Y le prometió también esperar que salga y darle la chiva.

Yeyo se ha quedado aquí. Se ha quedado aquí por Elvira, la maestra, que sigue en la escuela. Se quedó también por Pancho, al que va a ver a la cárcel con Rosa, y por mí. Porque Yeyo vive ahora en mi cuarto. Ya no vende periódicos, más que por la tarde, ni ayuda a Víctor a lavar carros. Y el médico dice que se pondrá bien.

FIN

INDICE

	<i>Página</i>
PROLOGO	3
CAPITULO I.....	17
" II.....	51
" III.....	99
" IV.....	153
" V.....	201
" VI.....	239
" VII.....	283
" VIII.....	327

Acabóse de imprimir este libro, hoy 25 de Julio de 1955, en los Talleres de la Imprenta Nacional.

La presente edición, patrocinada por el Departamento de Bellas Artes y Publicaciones del Ministerio de Educación, consta de 1.000 ejemplares en papel "Journal" y de 50 ejemplares en papel "Egg-shell", fuera de comercio.

